

EL MOURU Y LA PRESENCIA DEL EJÉRCITO ROMANO EN LA MESA

PREÁMBULO

Acabándose ya este libro, me comunica un amigo arqueólogo el hallazgo de los vestigios de un campamento romano en el Camín Real de La Mesa. Tras la impresión inicial, la sorpresa viene de la mano de su localización. Porque se trata de El Llanu o Altu El Moru o Mouru, al este del camino en su tramo VII, metro 37.400 de nuestro cómputo. Y se habla de sorpresa porque se trata de la “extraña formación, obra segura de la mano del hombre... algo muy parecido a los fosos o surcos, que desde el campamento romano de La Carisa descienden hasta la fuente...” que se relata en la página 131 de este tomo como algo perdido en la bruma de los tiempos.

Agradezco al joven equipo de arqueólogos la primicia de este hallazgo, tan importante para la historia del Camín Real y de Asturias.



| Imagen del recinto de “El Mouru B” en sus lados norte y noroeste. |

El Mouru y la presencia del ejército romano en La Mesa

David González Álvarez

Investigador contratado FPU, depto. Prehistoria, UCM

Andrés Menéndez Blanco

Becario FICYT, área de Hª Medieval, Universidad de Oviedo

Valentín Álvarez Martínez

Investigador contratado FICYT, área de Prehistoria, Universidad de Oviedo

Jesús Ignacio Jiménez Chaparro

Arqueólogo

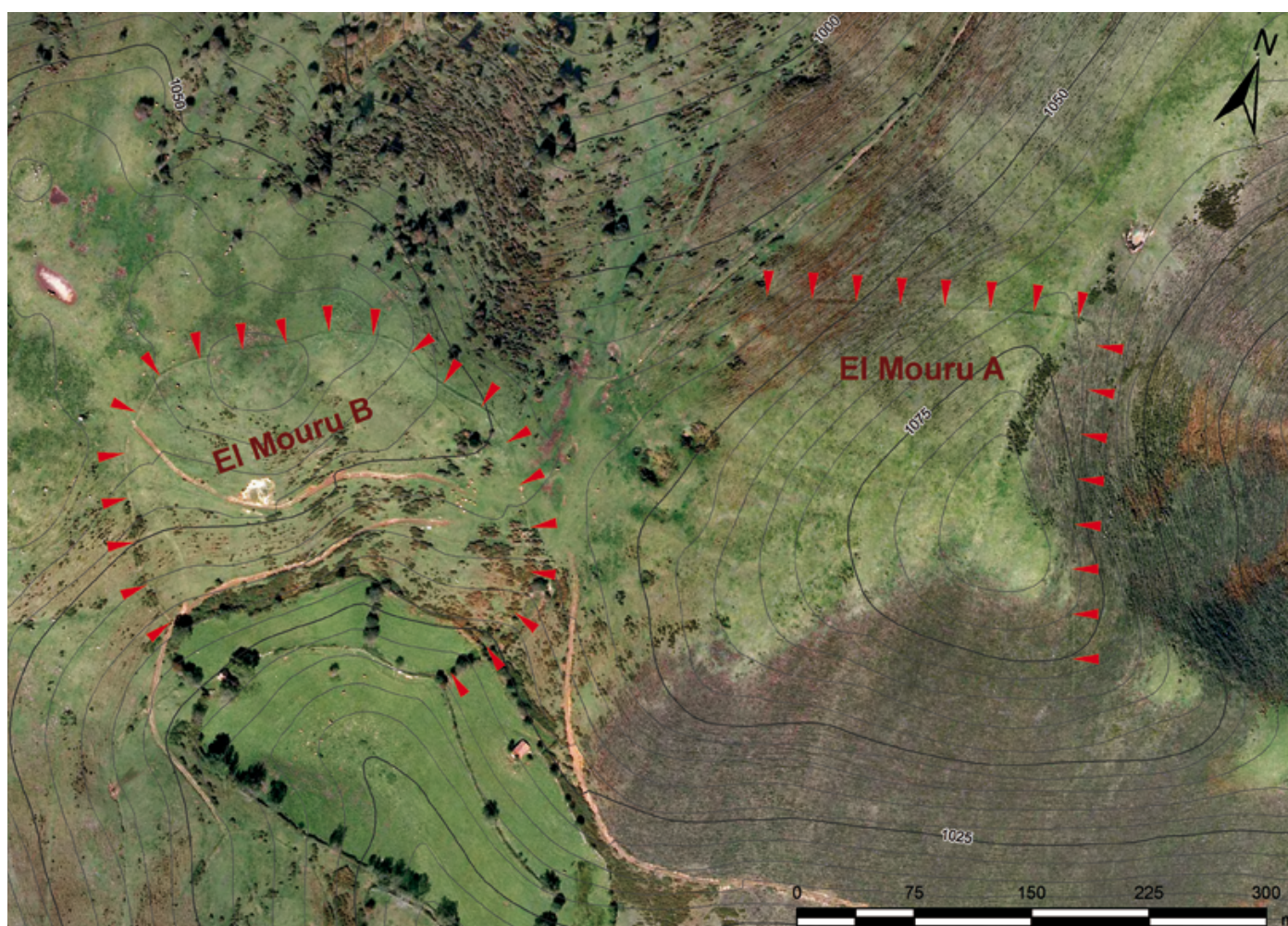
Hasta los 1.088 metros de altitud se alza un cerro redondeado ligeramente desplazado hacia el este desde la línea principal del cordal de La Mesa. Esta elevación es conocida por los lugareños como El Mouru y hace de divisoria entre los concejos de Grado y Belmonte. Lo que le otorga un papel destacado en la narración histórica de la milenaria ruta de La Mesa es el reciente reconocimiento de evidencias constructivas que denotan la existencia de una fortificación pretérita¹, relacionada sin duda con la vigilancia del camino inmediato. No en vano, desde su cumbre se divisa el tramo descendente entre la venta de Porcabezas y El Colláu Valbona.

Las evidencias arqueológicas

Los restos visibles en este lugar son taludes de composición terrera que dibujarían los lados NNW y NE de lo que fue un recinto de planta cuadrangular, que denominamos “El Mouru A”. Los lados restantes no se habrían conservado hasta nuestros días, borrados de las pendientes laderas por la erosión y el reiterado paso del ganado, siempre presente en estos pastos de los cercanos pueblos de Samartín d'Ondes, Noceda y Tolinas. En cuanto a los tramos de talud conservados, el mayor de ellos (NE) mantiene unos 280 metros de longitud, mientras que el otro (NNW) ronda los 250 metros. La unión de ambos lados se realiza mediante una esquina redondeada en doble curva muy bien conservada. Otro giro semejante parece intuirse en el extremo meridional del lado NE, aunque dicho ángulo se encuentra severamente afectado por la erosión de la ladera.

Las evidencias constructivas de este yacimiento arqueológico son ciertamente sutiles si no se les presta su merecida atención. Los taludes son apenas unos trazos rectilíneos en las laderas del monte de medio metro escaso de altura que bien pudieran ser tomadas por antiguos lindes de los pastizales, en ocasiones delimitados celosamente por los ganaderos locales. En las últimas dos décadas la investigación arqueológica ibérica ha relacionado este tipo de estructuras con otros paralelos europeos que, ya desde comienzos del siglo XX, se reconocían como los campamentos levantados por los legionarios romanos en el transcurso de sus campañas en territorio hostil. Estos establecimientos temporales eran conocidos en el mundo clásico como *castra aes-*

¹ Tales evidencias son bien visibles para quien transite este tramo del Camín Real de La Mesa. No en vano, en 1987 los restos observables en el llano de El Mouru –tal vez los del recinto que más adelante denominaremos “El Mouru B”– habían llevado a Sandalio López Gutiérrez a plantear la existencia de una fortaleza que serviría a las legiones romanas en su tránsito por la vía del puerto de La Mesa, en la publicación local *Correvedile de Belmonte de Miranda* (en Menéndez Menéndez, 2004: 84).



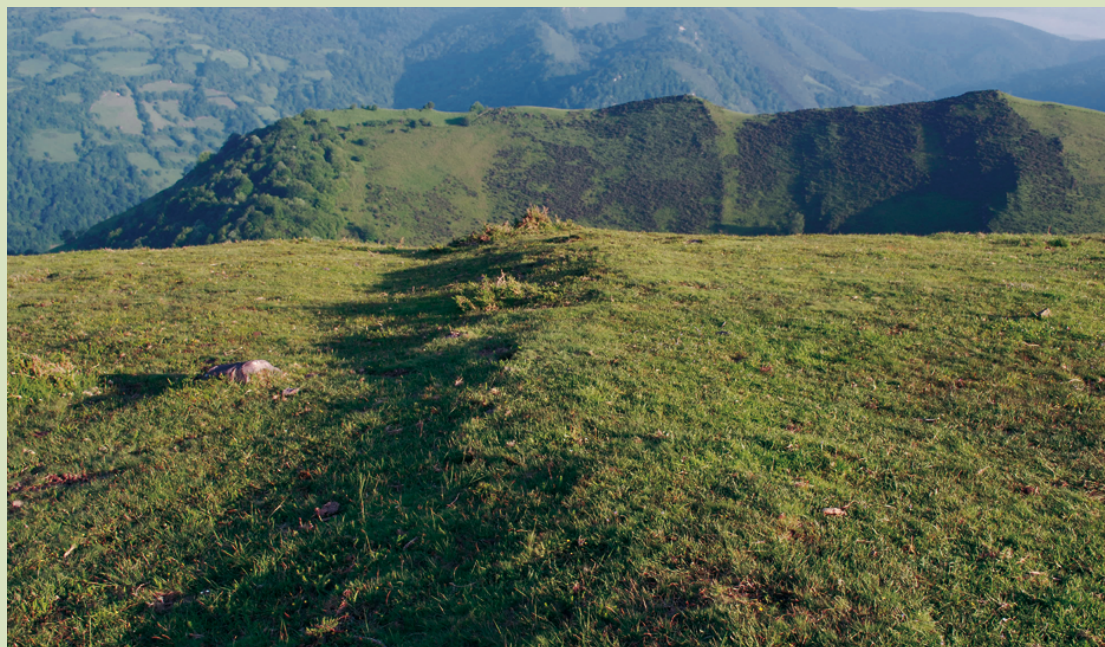
Vista aérea de los recintos de El Mouru con indicación de la topografía. Contrasta la planta rectangular canónica de “El Mouru A”, parcialmente conservada; frente al perímetro más irregular de “El Mouru B”, más adaptado a la topografía del terreno.

tiva, y seguían unas pautas constructivas muy precisas que fueron recogidas en tratados y manuales de tácticas militares (Gilliver, 1993) y descritos por autores de la época como Polibio, Julio César o Flavio Josefo.

El recinto de “El Mouru A” describiría originalmente una planta cuadrangular en forma de naípe, formato característico de los campamentos de campaña del ejército romano de la época altoimperial (siglos I a. C. – II d. C.) (Gilliver, 1999; Lenoir, 1977; Peralta, 2002b; Reddé, 1995, 1996). Un cálculo rápido de su superficie –a partir de los restos conservados de su planta, hoy incompleta- arroja unas dimensiones mínimas de 6-7 hectáreas, área cercana a la de otros *castra aestiva* conocidos en áreas montañosas del occidente asturleonés como Valdemeda (León) (Sánchez-Palencia, 1986), A Granda das Xarras (Ibias) (Menéndez Blanco *et al.*, e.p.) o El Chao de Carrubeiro (Boal) (Menéndez Blanco *et al.*, 2011). Sería por tanto asumible pensar en una interpretación similar para todos estos enclaves.

A los pies de la elevación donde se ubica “El Mouru A” se reconoce otro recinto –que denominamos “El Mouru B”- rodeando un pequeño cerro de unos 1.060 metros de altitud e incorporando también el tramo inicial de su ladera meridional. Así pues, ambos recintos quedan muy próximos, aunque separados por una collada.

Tramo de la línea defensiva occidental del recinto de “El Mouru A”.



Vista en detalle de la esquina noroeste del campamento de “El Mouru A”, apreciándose el doble giro de estas esquinas en forma de naípe tan características de los castra aestiva altoimperiales.



Imagen de un tramo de “agger”, con foso al exterior particularmente bien conservado en el lado norte del campamento de “El Mouru A”.



El recinto de “El Mouru B” tiene una planta más irregular que el anterior, pero aún así su perímetro trata siempre de trazar líneas rectas en las zonas más llanas. Allí donde el terreno gana cierta pendiente, el límite exterior del perímetro intenta acoplarse a la línea de ruptura de las laderas, quedando hacia el interior del talud los espacios más llanos y dejando hacia el exterior las pendientes. Su estructura defensiva muestra una regularidad en su diseño bastante singular, al mantener siempre cotas constantes, para lo cual ha de adaptarse al terreno trazando líneas curvas siguiendo las formas de la pendiente. Estructuralmente muestra las mismas características que el yacimiento arqueológico contiguo, ya que se trata de un parapeto levantado a partir de la tierra extraída de la excavación de un foso exterior. Las defensas del recinto de “El Mouru B” alcanzan una longitud lineal de más de 500 metros, delimitando una superficie que ronda las 4 hectáreas.

Aún así “El Mouru B” plantea algunos problemas de cara a su interpretación como campamento romano, pues no reproduce las formas canónicas que los militares romanos trataban de aplicar habitualmente en sus fortalezas de campaña (Gilliver, 1999; Harmand, 1967; Le Bohec, 1990; Peralta, 2002b). No obstante, hay varios aspectos que apoyan esta interpretación, con ligeras reservas a la vista de las dudas razonables que ofrecen las evidencias disponibles. En primer lugar, es una obra con paralelos estructurales claros respecto al vecino “El Mouru A”, cuya naturaleza campamental romana deja escaso margen a la discusión. Tampoco son extraños en la Arqueología militar romana del noroeste ibérico los campamentos menores de plantas irregulares y posiciones secundarias frente a otros fuertes principales. Podemos traer a colación ejemplos como El Cantón (Cantabria) (Peralta, 2002a) o A Recacha (Ibias) (Menéndez Blanco *et al.*, e.p.) Por otro lado, debemos descartar que el recinto de “El Mouru B” tuviese alguna función agrícola o ganadera, ya que no se conocen estructuras análogas con estas funciones, ni en su disposición constructiva, tamaño o ubicación. En último término, los soldados romanos seguían una serie de preceptos claros para establecer sus campamentos temporales, respecto a sus emplazamientos y a sus características constructivas. Aún así estas podían variar llegado el caso, para acomodarse en cada situación a condicionantes ajenos a su control, como la falta de tiempo para elegir una mejor localización, adaptarse a una orografía desfavorable o afrontar situaciones complicadas en cuanto a la seguridad del contingente en movimiento.

Discusión

En definitiva, existen en el lugar de El Mouru dos recintos fortificados cuyos rasgos formales parecen relacionarse con las fortificaciones habituales del ejército romano. En el primero de los casos tal consideración parece segura —a falta de los necesarios trabajos arqueológicos que lo confirmen definitivamente—, ofreciendo algunas dudas razonables en el caso de “El Mouru B”. De todos modos, la situación de ambos enclaves —en estrecha relación con la ruta histórica de La Mesa— abre la puerta a varias interpretaciones que enumeramos brevemente para luego discutir las fortalezas de cada opción: establecimientos militares romanos relacionados con movimientos de tropas en contextos bélicos; asentamientos levantados durante la construcción de la vía romana de La Mesa; puntos de control o vigilancia del tránsito a través de la mencionada vía. Cabe añadir que, a la luz de las aún exiguas evidencias históricas y arqueológicas con las que contamos para ambos yacimientos, es difícil no sólo determinar el contexto cronológico y funcional en el que cobrarían sentido histórico; sino que tampoco podemos advertir con claridad el funcionamiento sincrónico de ambos sitios, ni dilucidar siquiera que los dos recintos tuviesen función común, a pesar de su proximidad geográfica.

La opción más sugerente en base a las características y ubicación de ambos recintos —especialmente en el caso de “El Mouru A”— es que se trate de campamentos temporales relacionados con la conquista romana del actual territorio de Asturias. Entre los años 29 y 19 a. C. las legiones romanas emprenderían, bajo el mandato de Augusto, el sometimiento armado de las comunidades indígenas que permanecían fuera del control administrativo y político del Imperio Romano en el occidente Cantábrico. Las Guerras Cántabras sólo se habían podido estudiar, hasta hace pocos años, mediante la lectura atenta de las fuentes grecolatinas que describieron la contienda. Pero recientemente el arduo trabajo de algunos investigadores nos ha facilitado reconocer sobre el terreno los testimonios arqueológicos del conflicto, especialmente en el escenario oriental del teatro de operaciones (Peralta, 2009; Serna *et al.*, 2010). Así, hoy sabemos que el avance de los ejércitos romanos se efectuó siguiendo las cuerdas elevadas de las sierras y cordales que, con una disposición norte-sur, sirvieron de caminos elevados en su avance desde la meseta y el alto valle del Ebro hacia la vertiente cantábrica.

Las arquitecturas megalíticas que jalonan la ruta de La Mesa atestiguan su uso, desde momentos tempranos de la Prehistoria reciente, por grupos ganaderos que se desplazarían por esta vía natural aprovechando sus ricos pastos estivales. El ejército romano habría seguido estos caminos cumbreños para avanzar por territorio hostil, ya que tales trazados son los más favorables tanto por la facilidad de tránsito como por razones estratégicas de seguridad frente a tácticas de la guerra irregular como las emboscadas. Podemos suponer por tanto que La Mesa sería una de las líneas de avance para atravesar la Cordillera Cantábrica durante la conquista de la *Asturia transmontana*. Estas líneas son conocidas gracias a la consecución de los campamentos de marcha que el ejército levantaba a su paso. Desde los sucesivos establecimientos temporales en los que pernoctarían

| Trazado del perímetro del recinto de “El Mouru B” en su lado Noreste. |



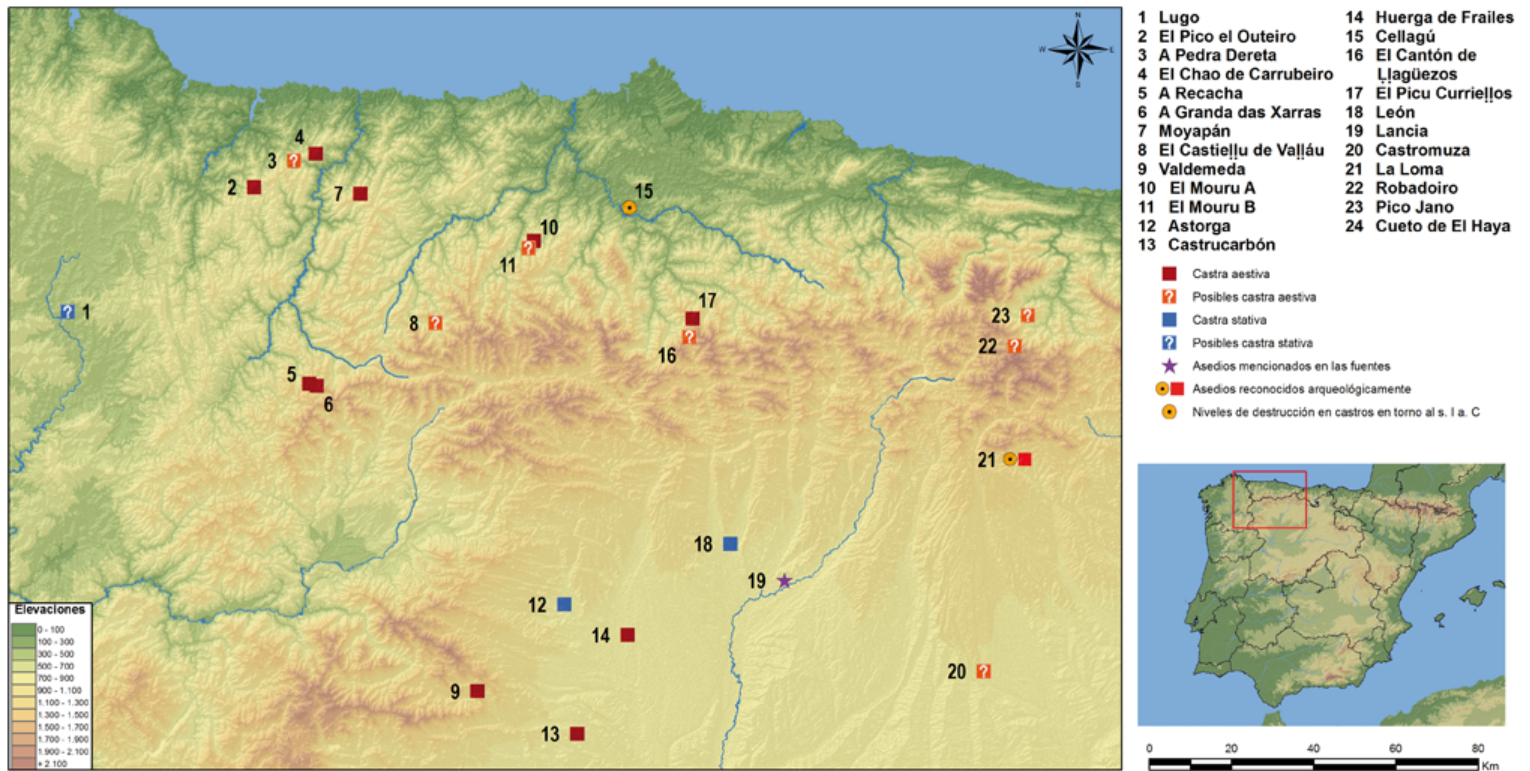


Vista en detalle de la línea defensiva de “El Mouru B” en su lado Oeste, con un talud de composición terrera y un foso, parcialmente colmatado, que corre paralelo al exterior.

las tropas, se lanzarían los nuevos avances y asaltos sobre los poblados indígenas que se resistieran a los conquistadores. Como apoyo a esta posibilidad, podemos esgrimir la coherencia morfológica que parece ofrecer el recinto de “El Mouru A”, mostrando unas características formales propias de este tipo de yacimientos, y que además se pueden llevar en lo cronológico a los momentos precisos en los que se desarrollarían las Guerras Cántabras.

En Asturias sólo conocemos un frente en el que se observen tres establecimientos alineados, con los campamentos El Pico el Outeiro, A Pedra Dereta y El Chao de Carrubeiro dibujando una línea de avance desde Galicia hacia el Bajo Navia, a través de los altos de A Garganta, A Bovia y Penouta (Menéndez Blanco *et al.*, 2011). En el resto de casos conocidos deberíamos presumir rutas de avance semejantes a partir de campamentos aislados. El ejemplo mejor conocido lo representa el yacimiento de El Picu Currietchos, en la ruta de La Carisa (Camino *et al.*, 2007b). Otros campamentos como A Granda das Xarras y A Recacha pueden señalar otras líneas que se internarían por el valle de Ibias (Menéndez Blanco *et al.*, e.p.), mientras que el posible establecimiento de El Castietchu de Vatcháu puede hacer lo propio por el alto Narcea (Fanjul Peraza, 2007).

Como segunda opción a considerar, podemos plantear que estos establecimientos tuviesen relación con la construcción de la propia vía romana de La Mesa. Este tipo de labores técnicas suelen recaer en los ingenieros militares durante los momentos inmediatamente posteriores a la conquista de territorios hostiles. Además de soldados, entre las filas del ejército romano había técnicos con distintos perfiles y personal cualificado para realizar trabajos especializados. Es bien conocido el papel de las legiones romanas no sólo en el control policial de los nuevos territorios



Mapa de situación de los yacimientos campamentales romanos del ámbito asturleonés.

conquistados, sino también en la creación de las infraestructuras básicas para facilitar la puesta en marcha del tejido administrativo del Imperio Romano. Así, sería comprensible contemplar que en El Mouru pudiesen establecerse contingentes militares destinados a controlar y dirigir los trabajos de elección del trazado y construcción de una vía romana a través del cordal de La Mesa, que acabaría por convertirse en una de las arterias principales del tránsito romano a través de la Cordillera Cantábrica (González Álvarez, 2011). En esta dirección, es conocida la presencia de dos recintos campamentales en un mismo lugar o muy próximos entre sí. Por ejemplo, se ha propuesto cómo en La Poza (Cantabria) se superpondrían dos *castra aestiva* relacionados con la fase de conquista y con la posterior construcción de una vía (Cepeda *et al.*, 2009). En ese caso, se consideran distintas funciones y sucesivas cronologías para asentamientos coincidentes en el espacio, lo cual no deja de ser muy sugerente para los dos recintos de El Mouru.

Como última posibilidad, podrían vincularse con las actividades mineras los recintos campamentales de El Mouru, en cuya planificación y administración tuvo un papel esencial el ejército romano (Domergue, 1990). El trazado de la vía de La Mesa se interna hacia uno de los núcleos más importantes de la minería aurífera romana en la *Asturia transmontana*, en torno a los complejos mineros del bajo Pigüena, la sierra de Bixega, El Valle-Bueinás, Carllés y Ablaneda-Godán (Fanjul Peraza y Menéndez Bueyes, 2003-2007; Fernández Mier, 1999; Villa, 1998; Villa y Fanjul Mosteirín, 2006). Los recintos de El Mouru podrían relacionarse con el control viario de la ruta de La Mesa como posible camino de evacuación hacia la meseta del oro extraído. También podría ser base de operaciones de un contingente de técnicos militares

romanos encargados de las labores de prospección y puesta en explotación de estos sectores mineros, tal y como se ha propuesto para otras fortificaciones romanas del suroccidente asturiano, como Moyapán (González Álvarez *et al.*, 2008) o San Isidro (Villa, 2007).

Conclusiones

La ruta de la Mesa ha sido un itinerario de uso milenario empleado por los grupos humanos para conectar el mar cantábrico con la cuenca sedimentaria del Duero a través de la Cordillera Cantábrica. Su valor como vía estratégica de comunicación ha estado vigente desde los inicios de la Antigüedad. Como ha quedado de manifiesto en este trabajo es en época romana cuando empieza a funcionar como vía de penetración de contingentes militares. Más tarde, este componente geoestratégico quedará patente en buena parte de las sucesivas operaciones militares que tendrían como objetivo la conquista del solar asturiano. A la luz de las evidencias históricas y arqueológicas se pueden señalar su utilización como arteria de penetración durante las campañas militares que se realizaron en los albores de la Edad Media, tal y como acredita la fortificación de El Muru (Camino Mayor *et al.*, 2007a, 2010). Siglos después, ya inmersos en la guerra hispana contra el emperador Napoleón, este camino sería nuevamente considerado como uno de los principales puntos por los que franquear las altas cumbres cantábricas. Aunque carecemos por el momento de trabajos sobre el terreno que reconozca tales evidencias, sí contamos con documentación escrita que revela su utilización. En una reciente compilación cartográfica de la contienda (Ministerio de Defensa, 2008) aparecen algunas fortificaciones asturianas que hasta la fecha no han sido localizadas. Sin duda, algunas de ellas debieron estar emplazadas controlando puntos estratégicos de la vía de La Mesa y sus ramales, como sería del puente de Peñaflor en Grado. Es oportuno traer a colación los escritos del observador militar James Leith, General de División del ejército británico, quien valorando la posibilidad de convertir Gijón en una cabeza de playa por donde enviar una fuerza expedicionaria con dirección a Castilla señalaba cómo *desde el puerto de Gijón, un ejército podría subir hacia León o Castilla en tres columnas (...)*. La primera desde Gijón por Infiesto hasta Sama de Langreo, la Segunda por el Puerto de Pajares y (...) *toda la artillería y el equipaje por la tercera ruta que, partiendo de Oviedo pasa por Grado y Mesa hacia León (...)*. No obstante recordaba que (...) *A finales de octubre empieza a llover y sigue de modo más o menos virulento hasta marzo, siendo los peores meses diciembre, enero y febrero. Ya en octubre la carretera de las montañas que pasa por Mesa está a menudo impracticable debido a la abundante nieve (...)* (Laspra, 1992).

Estas últimas notas no han tenido otro objetivo que recalcar el interés de esta ruta como escenario de los mayores episodios bélicos de nuestra Historia, a los que quizá cabría añadir un nuevo capítulo, a la luz de las evidencias recientemente identificadas en el área de El Mouru, presumiblemente ligadas a la presencia del ejército romano. Estos nuevos datos avalan la posibilidad de que la vía de La Mesa hubiese jugado un papel destacado en la conquista y posterior sometimiento de los grupos indígenas que ocupaban el solar occidental cantábrico a la llegada de Roma (Marín y González Álvarez, 2011). Habida cuenta que estos caminos de alta montaña fueron sustituidos a partir de la Plena Edad Media por otros que discurrían por los fondos de valle, su utilización en épocas posteriores tendría como uno de sus principales fines el uso militar. Aunque esto no puede soslayar el hecho de que en la biografía de esta vía siempre prevalecerá su utilización como ámbito de comunicación e interconexión entre los territorios asturiano y leonés, convertida la ruta de La Mesa en verdadera arteria cultural y comercial entre ambas vertientes.

Bibliografía

- CAMINO MAYOR, J., VINIEGRA PACHECO, Y. y ESTRADA GARCÍA, R. (2007a): A propósito de las fortificaciones lineales ástures de El Homón de Faro (La Carisa) y El Muro (La Mesa), *Territorio, Sociedad y Poder*, 2: 53-64.
- CAMINO MAYOR, J., VINIEGRA PACHECO, Y. y ESTRADA GARCÍA, R. (2010): En las postrimeras montañas contra el sol poniente. Las clausuras de la Cordillera Cantábrica a finales del Reino visigodo frente a la invasión islámica, en J.I. Ruiz de la Peña y J. Camino (Eds.): *La Carisa y La Mesa Causas políticas y militares del origen del Reino de Asturias*. Oviedo: Asociación de Amigos de la Carisa, 3-39.
- CAMINO MAYOR, J., VINIEGRA PACHECO, Y., ESTRADA GARCÍA, R., RAMOS OLIVER, F. y JIMÉNEZ MOYANO, F. (2007b): El campamento y la vía de La Carisa. Reflexiones arqueológicas y militares, en J.A. Fernández-Tresguerres (Ed.): *Ástures y romanos: Nuevas perspectivas*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 61-93.
- CEPEDA OCAMPO, J.J., IGLESIAS GIL, J.M., RUIZ GUTIÉRREZ, A. y SARABIA ROGINA, P. (2009): La ciudad de Iuliobriga y los campamentos romanos de La Poza (Cantabria), en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín (Eds.): *Limes XX. Estudios sobre la frontera romana, vol.3*. Madrid: CSIC-Ediciones Polifemo, Anejos de Gladius 13, 631-638.
- DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*. Roma: École Française de Rome.
- FANJUL PERAZA, A. (2007): El Castietchu de VaCháu. Un posible campamentu romanu na vía Cheitariegos, *Asturies: memoria encesa d'un país*, 23: 96-97.
- FANJUL PERAZA, A. y MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2003-2007): Antiguas y canales. El complejo minero romano de Les Mueches-Abianeda (Salas, Asturias), *Nivel Cero*, 11: 79-94.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- GILLIVER, C.M. (1993): The *de munitionibus castrorum*: Text and Translation, *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 4: 33-48.
- GILLIVER, C.M. (1999): *The Roman Art of War*. Stroud: Tempus.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2011): Vías romanas de montaña entre Asturias y León. La integración de la Asturias transmontana en la red viaria de Hispania, *Zephyrus*, 67.
- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., MENÉNDEZ BLANCO, A. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. (2008): El campamento de Moyapán (Ayande, Asturias), *Férvedes*, 5: 363-371.
- HARMAND, J. (1967): *L'Armée et le soldat a Rome de 107 à 50 avant notre ère*. Paris: Éditions A. et J. Picard et C^{ie}.
- LASPIRA RODRÍGUEZ, A. (1992): *La intervención británica en Asturias durante la Guerra de la Independencia, (1808-1813): estudio histórico y repertorio documental*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Servicio de Publicaciones.
- LE BOHEC, Y. (1990): *L'Armée Romaine sous le Haut-Empire*. Paris: Picard.
- LENOIR, M. (1977): Lager mit «clauiculae», *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Antiquité*, 89(2): 697-722.
- MARÍN SUÁREZ, C. y GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. (2011): La romanización del Occidente Cantábrico: de la violencia física a la violencia simbólica, *Férvedes*, 7: 197-206.
- MENÉNDEZ BLANCO, A., GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D., ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. y JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I. (e.p.): Nuevas evidencias de la presencia militar romana en el extremo occidental de la Cordillera Cantábrica, *Gallaecia*, 30.
- MENÉNDEZ BLANCO, A., JIMÉNEZ CHAPARRO, J.I., GONZÁLEZ ÁLVAREZ, D. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V. (2011): La conquista romana del Occidente Cantábrico: novedades arqueológicas, *IV Jornadas de Jovens em Investigação Arqueológica (JIA 2011)*. Faro, 11-14 de mayo de 2011,
- MENÉNDEZ MENÉNDEZ, J.E. (2004): *De Babia a Pravia. Andar y recordar*. Oviedo: KRK ediciones.
- MINISTERIO DE DEFENSA (2008): *Cartografía de la Guerra de la Independencia*. Madrid: Ministerio de Defensa. Subdirección General de Documentación y Publicaciones.
- PERALTA LABRADOR, E. (2002a): Castros y campamentos de campaña de las guerras cántabras, en M.A. de Blas y A. Villa (Eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica. Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Ayuntamiento de Navia, 225-240.
- PERALTA LABRADOR, E. (2002b): Los campamentos de campaña (castra aestiva): evidencias científicas y carencias académicas, *Nivel Cero*, 10: 49-87.
- PERALTA LABRADOR, E. (2009): Las Guerras Cántabras, en M. Almagro Gorbea (Ed.): *Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: Laberinto, 247-265.
- REDDÉ, M. (1995): Titulum et Clavicula. À propos des fouilles récentes d'Àlesia, *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 46(2): 349-356.
- REDDÉ, M. (Ed.) (1996): *L'Armée romaine en Gaule*. Paris: Éditions Errance.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1986): El campamento romano de Valdemeda, Manzaneda (León): ocupación militar y explotación aurífera en el NW peninsular, *Numantia*, 2: 227-243.
- SERNA GANCEDO, A., MARTÍNEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ ACEBO, V. (Eds.) (2010): *Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del hierro a las guerras con Roma. Catálogo, revisión y puesta al día*. Santander: ACANTO.
- VILLA VALDÉS, A. (1998): Estudio arqueológico del complejo minero romano de Boinás, Belmonte de Miranda (Asturias), *Boletín Geológico y Minero*, 109(5): 589-598.
- VILLA VALDÉS, A. (2007): Mil años de poblados fortificados en Asturias (siglos IX a.C.-II d.C.), en J.A. Fernández-Tresguerres (Ed.): *Ástures y romanos: nuevas perspectivas*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 27-60.
- VILLA VALDÉS, A. y FANJUL MOSTEIRÍN, J.A. (2006): Avance al estudio arqueológico de las labores romanas en Carlés, Salas, 3^o Simposio sobre Mineração e metalurgia históricas no sudoeste europeu. Porto: SEDPGYM-IPPAR-FCT, 153-167.